

8 DE DICIEMBRE DE 1879.

Madrid.

No haré una revista; haré un resumen.

Los festejos oficiales.

Parece que habían sido dispuestos con objeto de que todo el mundo se divirtiera; parece, sin embargo, que solo han producido disgustos. Gentes celosas del bien del alcalde creyeron que debía dimitir y así lo indicaron. Nadie hay tan celoso de la dignidad de un funcionario como aquel que pretende reemplazarle.

Se habla de cuentas de la modista y del sastre pagadas con los bonos; se habla de especulaciones con ellos logradas. En vez de ser una limosna de la caridad, han sido un nuevo papel moneda puesto en circulación.

La explotación de este papel es sin duda un hecho grave. Su objeto era benéfico, y darle otro empleo es como gastar en alegrías el dinero robado de un cepillo.

La sociedad de Madrid está decidida a bailar hasta caerse. El programa de *sotres* que se anuncia haría temblar las pantorrillas mas inermes. En las reposterías no se cansan los marmitones de preparar emparedados; los pavos sueñan todas las noches con las trufas y las gallinas empollan los huevos con el mismo maternal amor que si de los cascarones hubieran de salir pollos; pero no saldrán pollos sino huevos hilados.

Los duques de Ballen y el embajador francés son los primeros que han abierto sus salones al mundo oficial y elegante. El que no es bailarín se recrea en ellos viendo los hermosos rostros, las magníficas joyas, los trajes artísticos de las bellas. Si ha perdido las ilusiones del amor y tiene el culto del arte puede gozar viendo muebles, pinturas, porcelanas, armas, tapices y otras preciosas curiosidades.

Para la juventud en un baile no hay mas que el baile.

Para los hombres serios lo esencial es que en los bailes se celebren, sin llamar la atención, conferencias importantes y se ventilen arduos negocios de Estado.

Pero en los grandes bailes todos bailan, jóvenes y viejos; en un palacio es de buen tono lo que en una casa particular sería ridículo.

¿Bailaría en casa de cualquier amigo el general Martínez Campos?

Pues ha bailado en los grandes saraos de estos días.

El general Martínez Campos hace la política con los pies, decía un canovista.

Se aprovechaba de la posición coreográfica del general para hacer un epigrama. ¡Malvado!

Se ha hablado mas de la Nilsson antes de cantar que después de haber cantado. Y no es que la famosa prima donna haya sido mal recibida del público.

La razón es que la Nilsson para los madrileños era, mas que una cantante, un nombre. Hace muchos años ese nombre resonaba siempre como una promesa y una esperanza. Casi nos habíamos acostumbrado á creer que era una alegoría de la perfección musical: que la Nilsson no existía.

Se comprende, pues, que las localidades para la noche de su debut tuviesen precios fabulosos. Una mujer que sabe hacerse esperar doce años no tiene precio.

El público fué al teatro y la oyó: se encontró con que la famosa cantante era digna de su celebridad: gusto, expresión, maestría, condiciones dramáticas: una prima donna y una actriz. El único defecto que se puede ponerle es que hace catorce ó quince años habrá cantado mejor.

Pero la Nilsson no puede ser ya el ideal. La condición del ideal es no existir materialmente. Oída y aplaudida, los *dilettanti* vuelven los ojos nuevamente á los horizontes musicales. ¿Piden otra ilusión, otra esperanza, otro nombre?

Por qué ha cantado!

El Sr. D. Mariano Catalina no hace buenos versos; y no dejará de hacerlos malos mientras se proponga desarrollar en la escena pensamientos políticos. En el teatro jamás impone el autor al público sus ideas sobre la gobernación del Estado, toda obra que no se funde en los resortes del corazón, será rechazada. La política en el teatro hay que servirla con la salsa de las circunstancias. Hay que coger al público ya entusiasmado y convencido.

El nuevo académico se ha propuesto hacer en sus obras dramáticas, mas ó menos francamente, la apología de los tiranos, y por hoy no estamos dispuestos á encontrar buena la tesis. De la política se juzga con la reflexión, y el público no asiste á las comedias con objeto de calentarse los cascos.

El Sr. Catalina debe hacer artículos de fondo de los argumentos de sus dramas, y llevar al teatro asuntos mas propios.

Mientras haya amor en el mundo no faltarán jamás asuntos al teatro.

No faltarán risas, ni lágrimas, ni cadáveres.

Núñez de Arce es académico también.

No diré yo que ha vuelto por la honra de la Academia. Ninguno de los académicos de gran reputación personal piensa en la Academia. Saben que su personalidad está sobre ella, y la abandonan por completo á las influencias políticas. Cuanto mas rebajen la talla, aparecerán ellos mas altos.

Núñez de Arce es un romántico furioso vestido correctamente por un sastre clásico. Sus suspiros llegan al corazón, sus gritos espantan.

Esta vez no ha hecho una elegía como en su *Padre*; ni un poema como en sus *Lamentaciones*; ha hecho, según la frase de Skaspeare, una cosa sin nombre, pero grande.

La empresa del teatro Español ha dado á esta lectura el efecto de una representación: Calvo ha leído la poesía, como la hubiera leído en un salón de la Edad Media, en las veladas del in-

vierno, si él hubiese vivido en aquella época. Las mujeres y los hombres vestidos con antiguos trajes; los muebles, la chimenea, todo hace cuadro.

Un actor, al guardarropa del teatro:

—Deme Vd. un traje.

—¿De qué?

—De *oir leer poesía*.

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

Exposición doctrinal del derecho civil español' común y foral según las leyes escritas, la jurisprudencia de los tribunales y la opinión de los escritores' por D. Modesto Falcon.—Dos volúmenes de 780 y 800 páginas.—Salamanca: imp. de V. Oliva; 1878 y 1879.

La materia mas descuidada de todas las que constituyen el plan de estudios de nuestra facultad de jurisprudencia, es el derecho civil patrio. Dos cursos se consagran á aprenderlo. Pide en ellos el plan que se conozcan extensamente la historia e instituciones de nuestro derecho civil, común y foral: pero distribuye ese vasto conjunto de conocimientos con tan escaso acierto en el plazo señalado y las costumbres académicas contribuyen tan poco á enmendar los extravíos del legislador, que los alumnos de ampliación de derecho civil, como los de su historia e instituciones, abandonan las respectivas cátedras y aprueban esas asignaturas sin conocer de una manera completa el cuadro general de nuestro derecho; muchas veces sin haber repasado ni una vez sola el tratado de obligaciones tan importante bajo diversos aspectos tan dignos de escrupuloso y detenido examen.

Las obras de texto de que suelen servirse los alumnos no atienden tampoco á remediar esas faltas. El Manual del Sr. La Serna es, sin duda, el mas adecuado al plan de aquellas asignaturas; pero su declaración insuficiente parece un obstáculo demasiado grave para adoptarlo sin protesta. La obra del Sr. Gutierrez, complicada, voluminosa, escrita en un estilo difícilmente inteligible muchas veces, y donde abundan mas que la doctrina que ilustra y esclarece el sentido y carácter de las instituciones, los textos legales de todos los Códigos que han regido entre nosotros, no es útil, ni recomendable para el estudio. De la del Sr. Moratón dice con razón el autor de este libro que su espíritu romanista impide acogerla confiadamente. Esta y la del Sr. Gutierrez, son además incompletas si se busca un tratado que responda á todas las exigencias de nuestro plan de estudios. Había, pues, necesidad, necesidad imperiosa e ineludible, de escribirlo.

No diremos nosotros que el Sr. Falcon haya acertado por completo á satisfacer esa necesidad; pero sin duda la atiende y sirve mejor con su libro que los autores arriba citados con los que dieron á la estampa. Su libro es proporcionado y poco voluminoso, relativamente á la materia que trata; el estilo en que está escrito, claro y sencillo, no carece de elegancia y reúne las condiciones que se exigen á toda obra didáctica; hay en él buen método, exposición nutrida de ciencia y de doctrina; revela conocimiento profundo de la asignatura á que se dedica y es un tratado completo, pues á la vez que la ley común, expone en todos los casos el fuero y la excepción. Para que aun mereciese mejor esta última nota, habría sido conveniente que el Sr. Falcon escribiera al frente de su tratado una historia de nuestro derecho. La que precede al Manual del Sr. Gomez de la Serna es demasiado sucinta. Un alumno de derecho debe aprender algo mas que los índices de las compilaciones legales y la fecha en que se redactó cada una.

También es, á nuestros ojos, un defecto repañable que la obra del Sr. Falcon, en la crítica de las instituciones del derecho civil patrio, en las ideas fundamentales que sirven de base á la exposición y en el juicio que le merecen las doctrinas de los tratadistas contemporáneos, se inspire, antes que en los modernos adelantos de la ciencia y en un novísimo concepto del derecho, en el criterio de esa escuela que atribuye á un principio superior el gobierno del mundo, que no reconoce en la sociedad civil los caracteres esenciales que la distinguen y que da al fin religioso exagerada intervención y atribuciones invasoras. Pero esto no impide que aplaudiendo el mérito indisputable de ese libro, lo recomendemos á los estudiantes de derecho civil como el mejor guía á que pueden confiarse en sus prolifas investigaciones.

El plan actual de la facultad de jurisprudencia está llamado á modificarse dentro de un breve plazo. Si se atienden las verdaderas necesidades de la enseñanza, desaparecerán los dos cursos actuales para abrir, en vez de ellos, tres, uno de historia y dos de instituciones del derecho civil patrio, común y foral. Entonces serían necesarios nuevos libros que ordenen y distribuyan la materia de esta asignatura conforme á ese plan; entonces, sin grandes modificaciones ni extraordinario esfuerzo, podrá completandola, arreglar la suya al método novísimo el Sr. Falcon.

Las condiciones tipográficas de este libro son regulares. La impresión es clara y limpia.

Recuerdos del Madrid viejo, leyenda de los siglos XVI y XVII, por Angel R. Chaves.—Un vol. de 208 páginas.—Madrid: imp. de la Biblioteca Universal; 1879.

En un libro publicado años atrás, los *Cuentos de dos siglos* ha, mostró el Sr. Chaves las condiciones que posee para ese género de poesías, que despiertan entre nosotros el recuerdo de otros tiempos. Las pequeñas leyendas que forman este volumen tienen el sabor delicado de aquellos *Cuentos de la villa* que conquistaron legítimos aplausos al Sr. Viedma. No es tan galana y fluida como la de este la versificación del Sr. Chaves; pero fácil y sencilla, cautiva por la verdad del colorido que anima sus cuadros y por el interés dramático que inspira sus narraciones.

Aunque el Sr. Chaves tiene la nostalgia del pasado, no es un cantor fanático de las costumbres y de las ideas de nuestros abuelos; busca en el pasado motivos artísticos y se inspira en las ideas modernas cuando juzga la sociedad que ofrecen á nuestra vista sus leyendas.

Los *Recuerdos del Madrid viejo* están muy bien impresos en caracteres elzevianos.

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.

El agua de Lozoya.

(Higiene y medicina popular.)

Antes de la canalización de Lozoya se adquiría el agua potable en Madrid de minas que alimentaban cuatro viajes de propiedad del municipio, y que eran las que abastecían las fuentes públicas, llamadas de la Alcobilla, de la Castellana y los dos Abroñigales: además de estas había otras de propiedad del Patrimonio, como el de Amaniel ó de Palacio, el de la Montaña del Príncipe Pio y el de las Descalzas Reales.

Estas aguas, todas de excelentes cualidades para la bebida, eran, sin embargo, insuficientes en cantidad para llenar cumplidamente las necesidades de la población y mucho menos para subvenir á las que su enahecho y crecimiento habían necesariamente de desenvolverse, pues todas ellas daban en 1847 un aforo de 583 112 reales fontaneros, cantidad que en 1854 habia disminuido á 417. Entonces se pensó en canalizar el Lozoya, y gracias á él, Madrid es una población surtida en abundancia de excelentes aguas.

En efecto, en el proyecto de la traida del Lozoya se calculó 60 litros para las necesidades particulares, 30 para el riego y barrido, 10 para las fuentes públicas y dos para el abastecimiento, lo que da un total de 90 litros por habitante y por día, cantidad exuberante si se atiende á que en Edimburgo, ciudad en que no hay tasa ni medida para el consumo del agua, gasta cada habitante 54 litros diarios en sus necesidades particulares.

Madrid, en este punto, no tiene nada que envidiar á las demás poblaciones de Europa. Á Roma, la señora de las aguas, que gasta 100 litros diarios por habitante, ni á Marsella, ni á New York, porque el canal de Isabel II trae 60,000 reales fontaneros que pueden todos utilizarse en servicio de la población.

El curso del Lozoya es muy vario; primeramente corre entre *quebr* hasta Butrango, y después de pasar los puentes de las Viejas y el Villar, atraviesa el terreno granítico; terciando luego su curso al O. entra en la micacita, donde están los curiosos manantiales de las aguas cárdenas, en cuya región se cargan sus aguas de sales magnesianas, efecto debido, según el sabio geólogo D. Caniano del Prado, á la presencia de la *mica calcosa*, reducida á polvo. Pasa después por entre pizarras, y entra, por fin, en las capas *clásticas* que forman su cauce hasta el pontón de la Oliva.

El agua del Lozoya es clara, delgada, bien aireada; tiene poca cantidad de sales, predominando en ellas la de magnesia, y si para la bebida es preferible el antiguo agua de Madrid, que está mas cargada de sustancias fijas para el lavado, la cocción de las legumbres y los usos industriales no tiene rival. En el ensayo hidroquímico de las aguas de Madrid hecho por mi antiguo cátedrático de análisis química, el Dr. Rizo, el agua de Lozoya marca 3 grados, mientras que la de la fuente del Cerro marca 26 y la del Príncipe Pio 30.

Esta cualidad hidroquímica la conocen perfectamente las mujeres, que saben que con el agua de Lozoya no hay carbanos duros y se gasta muy poco jabón para lavar la ropa.

Puede calcularse respecto de esta última propiedad que si el agua de Londres fuese como la de Lozoya, se ahorrarían en aquella capital anualmente 3 millones de reales que cuesta el exceso de jabón que aquellas aguas inutilmente precipitan.

El Lozoya sufre de cuando en cuando á causa de las grandes avenidas de sus tributarios que casi no traen agua mas que en las épocas de lluvia ó deshielo, enturbiamientos que dejan el agua impropia para la bebida y hasta para los usos económicos. Este incidente fué ya previsto en el proyecto de la traida de las aguas, que dice testualmente: «La pureza y diafanidad de las aguas de Lozoya hace creer que no será necesario filtrarlas, como sucede con las de otros rios; pero atendiendo á las turbias de las avenidas, y á pesar de que se ha observado que duran estas un corto número de días, en los cuales puede interrumpirse la entrada del agua en el canal por la gran capacidad de los depósitos, la dirección mira como un complemento á la gran obra de la desviación del río Lozoya, el asegurar la posibilidad de dar siempre á Madrid, cualquiera que sea el estado del río, un agua perfectamente cristalina, aun cuando los aparatos para ello necesarios no deban funcionar sino de tarde en tarde y pocos días cada vez».

Estos aparatos, estos filtros, nise han puesto ni se pondrán, á pesar de que las avenidas enturbian el agua á cada paso, produciendo angustiosos conflictos en la población, como el del año anterior, que obligó á los pobres á perder el tiempo necesario para ganar el sustento, gastando largas horas en esperar vez junto á las antiguas fuentes que daban el agua clara.

El agua del Lozoya ha empezado á enturbiarse, y en la perspectiva de un invierno lluvioso podemos augurar mas de un conflicto como los anteriores. Por lo tanto, debemos, aunque nuestro trabajo sea inútil, indicar lo que debe el público hacer por sí y lo que debiera y pudiera hacer el municipio.

Muchas personas, poco escrupulosas, hacen imprudentemente el agua turbia, y el que así no lo hace es porque la natural repugnancia de su estómago se lo estorba, no porque tenga conocimiento oficial de que el agua en este estado es nociva. Cuando ve correr las fuentes supone que no habrá inconveniente en beber el agua cuando su uso es tolerado por el municipio. Y sin embargo, el agua del Lozoya turbia es bastante perjudicial. Cargada de sales terrosas de arcilla, polvo silíceo, materias orgánicas y otras sustancias en disolución y suspensión, á mas de perturbar el orden económico de las familias es morbígena, y ocasiona disenterias y cólicos muy molestos.

Si Madrid tuviera un servicio sanitario, tendrían una solución pronta, ó una abstinencia tan completa como los recursos y alcance de la población lo permitiesen, las situaciones sanitarias difíciles, pero faltando aquel servicio, aquella organización, no existiendo administración sanitaria de ningún género, el vecindario sufre por largo tiempo las desagradables consecuencias de los conflictos que atraviesa. Cuando la turbia última pasada, en que Madrid enteró, por largo tiempo, bebía buena, el ayuntamiento de Madrid se reunió y buscó en vano en su seno quien le aconsejase en lo que debía hacer, y con el criterio tan municipal que le distingue, acordó, por toda medida higiénica, sanitaria y administrativa, poner á los guindillas en las fuentes, para evitar reyertas y escándalos entre la concurrencia.

Algo mas que eso puede hacer un ayuntamiento ante un conflicto semejante, dados los adelantos científicos é industriales de nuestros días. Los filtros de Ponville, que dan por metro cuadrado 25 000 azumbres diarias de agua perfectamente cristalina; los de Bischoff de Glasgow, de hierro esponjoso, de los cuales uno solo surtió á todas las necesidades y dependencias de la exposición de Higiene y de salvamento de Bélgica en 1876; los filtros de nivel constante, y los de corriente rápida que obran por medio del vacío; los de alta presión de Busse y otros, son, aun en pequeño número, bastantes para que pueda una población salvar un conflicto del momento. Dos filtros de dimensiones de los que usan las grandes fábricas, por distrito, hu-

bieran proporcionado agua clara á todo el vecindario de Madrid. Quizá sean algo caros; pero el municipio de Madrid, que gasta impunemente grandes cantidades en enseñar al pueblo la *salamandra de fuego* y las *fuentes de la sultana con rotación centípeta y lluvia de plata*, y otras cosas tan útiles, recreativas é importantes como estas no debe cuidar de gastar algunos miles de duros en atenuar una situación angustiosa al vecindario.

El cuidado de los antiguos viajes, que el municipio ha ido abandonando, y el estudio de un sistema de filtración en grande escala, tal como en Londres lo verifica la antigua compañía de Chelsea, ó el establecimiento de los grandes filtros de Smit, de carbon y arena que dan á París agua clara desde 1800, ó el sistema de filtración natural que se sigue en Tolosa, son medios que podrían estudiarse y llevarse á cabo para prevenir y evitar los conflictos sanitarios del enturbiamiento del agua del Lozoya, y poder dar al vecindario, sea cual fuese el estado del río, como dice el proyecto de la traida, un agua perfectamente cristalina.

Hoy, con el nuevo depósito, de 180,000 metros cúbicos de capacidad, puede Madrid, por espacio de ocho días, estar al abrigo de el efecto de las avenidas; pero no de las lluvias que, á pesar de los cálculos del primer proyecto, la última turbia duró mucho mas tiempo.

El vecindario, por su parte, puede poner en práctica varios procedimientos para procurarse agua clara. La agitación, el reposo, la ebullición, la clarificación por precipitación, la destilación y la filtración, son medios que pueden ponerse en práctica. La agitación y el reposo no dan resultado, pues durante la turbia del año anterior, permaneció el agua sin que se precipitase el residuo mas de cinco días. La ebullición, lo mismo que el helar el agua y calentarlo después el hielo y la destilación, son medios carísimos é imposibles entre nosotros; no que sean, pues, mas que la clarificación y la filtración. La clarificación puede efectuarse por medio de una mezcla de sulfato de alumina y potasa y carbon en la proporción de 1 á 5, y en la cantidad de una millésima con relación al líquido según Hanch. El nitrito de potasa produce también el mismo resultado, y es menos perjudicial caso de haber algun exceso de reactivo.

Y hasta la ceniza tamizada ó muy limpia echada á una tinaja ó artes de agua muy turbia en cantidad de 5 á 6 libras, arrastra al fondo de la vasija casi todo el precipitado, y las sustancias que el agua contiene. Este medio por su sencillez y baratura, si bien no deja el agua perfectamente limpia para la bebida puede, sin embargo, utilizarse para el lavado y para los demás usos domésticos con ventaja. Pero este y otros muchos procedimientos análogos que podríamos citar, no son

habiendo construido hasta filtros de viaje. Los cafés, las fondas, restaurantes, las familias de mucha servidumbre y los talleres, hospicios, cuarteles, colegios, hospitales, casas de beneficencia, asilos, etc., debían tener y utilizar las ventajas que los filtros prestan en determinadas ocasiones, siendo así que sus precios son siempre módicos cuando se trata de una colectividad. Algunas familias de Madrid van entrando ya en esta costumbre, y no usan el agua de Lozoya sin haberla filtrado previamente. Véndense en esta corte filtros desde 5 reales año, pero nosotros no aconsejamos á las familias ni á los establecimientos públicos la compra de estos pequeños aparatos, porque no todos dan un resultado perfectamente satisfactorio. A un precio relativamente módico, se pueden adquirir filtros ingleses de piedra porosa desde 160 reales uno, cuyo modelo mas pequeño puede dar hasta dos cuñas diarias de agua perfectamente clara, y cuyo tamaño no es tampoco molesto por lo excesivo.

R. PARADA Y SANTIN.

Revista dramática.

En el teatro Español se ha estre, y un drama tragico en dos actos, denominado *Tomas Anello*, cuyo éxito poco satisfactorio debe servir de saludable advertencia á su anónimo autor.

No recordamos quien ha dicho: *Au theatre on peut voler l'histoire mais il faut lui faire un enfant*. El precepto, aunque no es de Aristóteles, está fundado en razón. En efecto, al teatro no se va á aprender la historia; pero se va á sentir el drama.

El autor de *Tomas Anello* ha hecho de la complejidad revolucionaria mas impetuosa, mas engreída con el triunfo, y si se nos permite la frase, mas grandiosamente grosera que registra la historia, una víctima infeliz del entusiasmo del momento, en lucha desesperada contra las atracciones de su destino. El héroe del drama es una encarnación sentimental, y patética de *El héroe por fuerza*.

El autor ha estado hasta cierto punto en su derecho: ha podido hacer de Masaniello un filósofo, un moralista y un poeta; ha podido dotarle de todas las virtudes públicas y privadas; ha podido despojarle á la esposa del héroe de su grotesco vireinato de los villanos, y ha podido, en fin, manejar á su gusto los datos históricos que sirven de fundamento á su trabajo; pero ha debido imaginar una acción interesante y manejar los resortes del drama con el vigor y el arte necesarios para cautivar el ánimo del espectador.

No lo ha conseguido. Es verdad que no ha violado sin consecuencias la historia, toda vez que de esta violación ha resultado el hijo precioso que atribuye á Tomas Anello; pero este alarde de fecundidad es perfectamente estéril. El hijo del pescador napolitano solo sirve en e poema para llevar y traer noticias de los sucesos que no ocurren. Á la vista del público, y para acompañar la eterna lamentación de la esposa del dictador.

El drama se compone de tres notas de vibración monótona y cansada: la nota desesperada de un patriotismo de circunstancias que presta oído tenaz á las voces implacables del presentimiento; la nota buca y antipática de una ambición caduca, delirante y monomaniaca, y la nota planidera y pobremente modulada del amor conyugal.

Estas tres notas, interrumpidas de vez en cuando por los vitores ó las amenazas del coro que por intervalos invade la escena, son, por decirlo así, la repercusión fúidica y sorda de una tragedia que truena y relampaguea del lado allá de los bastidores. El autor de *Tomas Anello* no ha podido concebir un plan ni des-

arrollar una poética mas á propósito para eludir la terrible lucha dramática que promete el título de su obra y defraudar la curiosidad del espectador. Se ha equivocado en todo; en el colorido de los personajes, en la traza y movimiento de la acción y en la naturaleza de los accidentes: ó lo que es lo mismo, no ha hecho revivir poéticamente en la escena una página conmovedora de la historia; no ha suplido esta falta con un drama que ofrezca un interés cualquiera de humanidad; no han venido siquiera en su auxilio los recursos de una fácil inventiva.

El autor de *Tomás Aniello* ha pasado con pie vacilante sobre los grandes escollos de su infortunada producción, y como sucede ordinariamente, la piedra mas pequeña del camino le ha hecho venir al suelo.

No era fácil que este drama alcanzase una brillante ejecución, y, en efecto, no la ha alcanzado. Antonio Vico tenía que interpretar en el drama un presentimiento pertinaz y esconder en el fondo de su conciencia de artista otro no menos obstinado y de solución mas perentoria. El presentimiento de un fracaso. La desconfianza no es buena musa para un actor.

Los demás artistas salmodiaron tambien como Dios les dió á entender los desabridos papeles encomendados á su abnegación.

Si *Tomás Aniello* es, en efecto, el trabajo de un escritor que aspira á los altos laureles del teatro, el éxito que su obra ha tenido en la escena le obligará indudablemente á llamar á juicio de faltas sus facultades poéticas y á condenarlas á un perentorio trabajo de regeneración.

D. Miguel Echegaray es un poeta cómico cuya musa, festiva no se desalienta ni sobrecoje por derrotas mas ó menos. Ningún escarmiento es bastante á corregir y á llevar por camino firme su humor frívolo y retonzo. El Sr. Echegaray se obstina en malograr el fruto de sus aptitudes nada vulgares. Tiene instinto y revelaciones de buen escritor dramático; no le faltan ingenio y sentimiento del natural para distinguir lo que es verdaderamente cómico y natural, con lo que entra en la esfera caprichosa de lo grotesco y lo extravagante; es además, en sus buenos momentos de inspiración, un versificador facilísimo y un dialoguista lleno de viveza y de bonaire, y a pesar de estas cualidades reales y efectivas de su ingenio, sus obras carecen por completo de arte y de verdadera fuerza cómica, y son por lo general hervideros de chistes y agudezas que se evaporan y se pierden en el vacío, y á través de los cuales se descubre con frecuencia un talento capaz de trabajo mas dedicado.

La última obra de este escritor estrenada con gran aplauso en el teatro de la calle del Príncipe, puede considerarse como un modelo de su arte de hacer comedias. El Sr. Echegaray ha evocado el recuerdo de una obra maestra; ha evocado el recuerdo de *La verdad sospechosa*, y se ha puesto á glosar esta comedia famosa con el desentendimiento mas inocente y mas gracioso que se pueda imaginar. El octavo, no mentir, comedia que empieza por refrescar la memoria del espectador, recordándole los conceptos de *La verdad sospechosa*, se parece mucho al candoroso atrevimiento de un muchacho travieso, no al provisto de gracejo que retoca una estampa del mismo autor.

El octavo, no mentir no es una composición que pueda juzgarse seriamente. Es la caricatura de un embustero que miente á mas y mejor sin otro propósito que el de no tocar jamás en los dominios de la verdad, y cuya disparatada facundia sería racionalmente imposible si no tuviera en la figura de su novia un oyente tan singularmente organizado, que así vive en los limbo diáfanos de la inocencia mas primitiva, como en las regiones de la malicia mas inteligente y refinada.

Pero llega un momento en que el embustero se cree en el caso de atajar los vuelos de su inagotable inventiva y de convertirse en apóstol de la verdad, y entonces el Sr. Echegaray emplea la brocha en otra caricatura no menos recargada: el frívolo urdido de mentiras se convierte en desvergonzado pragonero de las flaquezas humanas; las figuras inconcebibles que le rodean soportan pacientemente la vena de desvergüenzas que brota de sus labios, como han soportado la vena de sus embustes, y al cabo de la jornada queda demostrado, como dos y tres son cinco, que la mentira es detestable, y que la verdad no debe decirse sino cuando la preguntan.

La composición, sin embargo, está escrita con mucha sal y los dos primeros actos versificados con admirable facilidad. El público la ha recibido con aplauso y el desempeño ha sido excelente, distinguiéndose la señora Alvarez Tubau y el Sr. Mario.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

Las lluvias en España.

De todos los fenómenos meteorológicos cuyo estudio es hoy una de las grandes preocupaciones de los hombres de ciencia, quizás ninguno importa tanto á la agricultura y á la industria como el de la lluvia. Pero por natural y nada extraño contraste, tanta es su importancia y tanto es su interés, cuanta es la dificultad de conocer las leyes que le rigen, no sólo en regiones de corta extensión donde las circunstancias locales intervienen poderosamente en su producción, sino tambien en las superficies de los continentes y de los mares.

La presión ó peso de la atmósfera, la temperatura del aire, su estado eléctrico, la tensión del vapor de agua disuelto en la atmósfera, la humedad relativa, las corrientes aéreas, los cambios incesantes de temperatura que sufre la costra terrestre y el aire que la rodea, son factores múltiples de la lluvia, cuya eficacia aún es desconocida. Sabidas son, en verdad, las leyes de las tempestades; la marcha que invariablemente siguen en uno y otro hemisferio; las circunstancias principales que las acompañan en tanto que cruzan las agitadas superficies de los mares; pero al llegar á los continentes sufren profundas modificaciones; ya una isla las divide, dispersa y arroja en distintas direcciones; ya un valle ó una cordillera que unas veces promueve, por influencia cuya explicación apenas se vislumbra, horrible borrasca, intensa lluvia y temible tromba, y otras, obrando con fuerza misteriosa, las destruye y las anula.

Largo es, pues, el camino que hay que recorrer para averiguar, primero, la eficacia de las causas apuntadas, y luego, la influencia de las causas locales y constantes, como la altitud y latitud del lugar, la naturaleza del suelo, el estado y las modificaciones de su cultivo, la proximidad y orientación de las cordilleras, el curso de los ríos, etc.

Facilmente se concibe, por lo expuesto, cuán difícil es determinar y predecir las lluvias aun con un corto número de días de anticipación; dificultad que aumenta extraordinariamente cuando de regiones muy limitadas se trata; y por esto, tambien se ve la necesidad de limitar se por ahora á recoger hechos y observaciones y á notar coincidencias; verdaderas piedras miliarias que marcan el camino recorrido é indican vagamente al cansado viajero los nuevos rumbos que debe tomar: verdadero hilo de Ariadna que en época lejana servirá á los hombres para recorrer con paso mas seguro, las múltiples y entrecruzadas vias de tan intrincado laberinto.

Que el fenómeno de las lluvias está sometido á leyes, es cosa suficientemente probada por la regularidad de su distribución, segun las épocas del año y los lugares del globo, por la constancia de sus máximos y mínimos.

Así, limitándonos á la Península y tomando por fundamento las observaciones pluviométricas hechas en varias estaciones meteorológicas y que constan en los anuarios del Observatorio de Madrid, correspondientes á los años 1877 y 1879, vemos que por término medio en el decenio de 1865 á 1874 la cantidad de agua llovida en las estaciones de Vergara, Bilbao, Santiago y Oporto, ó sea la altura de la capa líquida recogida ha excedido de un metro, en tanto que esta varia entre doscientos y setecientos milímetros para las estaciones situadas en el resto de la Península; que es inferior á cuatrocientos milímetros en el centro y costas de Levante y que es mayor en la region extrema del Mediodía. Que segun los promedios correspondientes al decenio indicado, la cantidad máxima de agua llovida es de un metro y setecientos cuarenta y ocho milímetros en Santiago; y la mínima es de doscientos cincuenta milímetros en Salamanca.

Tomando el promedio de las cantidades de agua llovida por término medio en el año, para las veinticuatro estaciones meteorológicas, excepción hecha de las Baleares, resultan seiscientos sesenta y siete milímetros; para la altura media de la capa de agua que podría recogerse en cada año en cualquier lugar de la Península. O tambien que si el agua caída durante el año en su suelo pudiese ser recogida íntegra, formaría un lago de cuatrocientos noventa y cuatro mil novecientos cincuenta y un kilómetros cuadrados de superficie, y seiscientos sesenta y siete milímetros de profundidad.

Pero si queremos ahora formarnos una idea de la regularidad de las lluvias en cada region, es necesario llevar en cuenta el número de días lluviosos y las cantidades y altura máxima y mínima del agua llovida. Dividiendo la altura de agua llovida por el número de días de lluvia, obtenemos la lluvia media diaria en cada estación; los resultados principales, son los siguientes.

El lugar ó region de la Península donde ha llovido mayor número de días cada año del decenio, ascendente á ciento setenta y dos, es Vergara; siguen á esta población: Bilbao, con ciento sesenta y cinco días de lluvia; Santiago, con ciento sesenta y dos; Oviedo, con ciento cincuenta y seis; Lisboa, con ciento cuarenta y tres; Burgos con ciento cuarenta. En las demás estaciones el número de días llovidos no llega á ciento. El mínimo es de cuarenta y cuatro en Alicante; y poco mayor que este es el de días de lluvia en Valencia, Murcia y Albacete.

La lluvia media diaria varia desde catorce milímetros que es el máximo de lluvia media correspondiente á Oporto, hasta tres milímetros que corresponden á Salamanca. Y excepción hecha de Valladolid en que la lluvia media—cuatro milímetros—es comparable con la de Salamanca y de Santiago, Cádiz y Alicante en que se miden respectivamente once, diez y nueve milímetros, apenas si hay diferencias que indiquen diversos grados de intensidad del fenómeno.

Si nos fijamos en la distribución de los días lluviosos y cantidades de agua llovida en las cuatro estaciones del año; vemos que los seiscientos sesenta y siete milímetros de lluvia media total en la Península se distribuyen de esta manera: doscientos catorce milímetros en el invierno; ciento ochenta y tres en la primavera; setenta y cuatro en el verano, y doscientos dos en el otoño: que la lluvia es mas constante y prolongada en el Norte que en el Centro y Mediodía de la Península; que en las costas orientales, sometidas á la influencia eficaz del continente africano, y libres del régimen oceánico, las lluvias son sobremanera escasas, violentas é irregulares y por excepción digna de especial estudio las lluvias en Salamanca, Valladolid y Zaragoza son escasísimas, y se producen con notable regularidad.

RAMON ESCANDON.

Los tres géneos.

En una tarde de primavera en que la fresca del aire anunciaba una fuerte tempestad, se hallaba el médico-director del hospital de Santa Cruz de Lisboa, sólo en su habitación, sentado delante de una mesa cubierta con un tapete verde y llena de libros é instrumentos de cirugía.

El médico escribía, y de cuando en cuando, como poco satisfecho de su trabajo, con mano nerviosa borraba lo que habia escrito.

El médico del célebre hospital de Santa Cruz de Lisboa era poeta. Poeta el hombre que día y noche escuchaba los lastimeros gemidos de la humanidad doliente; Poeta el hombre que habitaba la mansion del dolor, de la miseria y de la muerte; Poeta halló jamás sus inspiraciones en semejante lugar!

Desesperado de no hallar el consonante que buscaba, Alfonso Pereira, pues tal era el nombre del médico-director del hospital de Santa Cruz, se levantó de su asiento y exclamó con tono desesperado:

—¡Por Dios! que estoy torpe hoy, no encontraré medio de terminar mi epitafio, y sin embargo, tengo que dejarlo concluido esta noche, pues mañana tiene que figurar en la solemne fiesta que se prepara en la iglesia de este santo asilo.

En aquel momento la tempestad que amenazaba estalló con horroroso estruendo, y un prolongado y terrible trueno conmovió la estancia; la puerta de ésta se abrió, y una joven bella como el primer recuerdo de amor, con los cabellos sueltos, vestida de blanco, con el pavor pintado en su hermoso rostro, entró precipitadamente y abrazándose á Pereira, exclamó:

—¡Dios, que horrible tempestad, parece el fin del mundo!

—No tengas miedo, Maria, esta tempestad que tanto te asusta pasará; es un fenómeno propio de la estación que atravessamos; pronto cesará.

Como si el cielo quisiera desmentir las palabras de Pereira, en aquel momento los truenos redoblaron, el fuego de los relámpagos iluminó sin intermisión la estancia; y el sibido del viento y los bramidos del mar alborotado parecían anunciar el último día de los habitantes de Lisboa.

El médico-poeta contemplaba en silencio el desorden de los elementos y admiraba el espectáculo sublime é imponente de la tempestad, donde se refleja el poder y la grandeza de Dios.

La joven Maria, su sobrina, huérfana, y que hacia pocos meses habia salido del convento donde se educaba, rodeó con sus brazos la cruz de un Cristo que habia colocado entre dos ventanas, y en su terror parecia la imagen de los primeros mártires, que, condenados á muerte por un decreto imperial, se asian al signo santo de la redención cuando los satélites de Nerón iban á buscarlos hasta en las catacumbas para conducirlos al anfiteatro.

—¡Dios mío! ¡Tened piedad de mí; yo no quiero apartarme de vuestra santa ley; no me mateis, Dios mío! ¡Vuestra poderosa mano, que dirige las tempestades, aparta de la que amenaza nuestras cabezas!

Pereira, al ver el terror de que se hallaba poseída su sobrina; al ver su rostro pálido bañado en sudor y la agitación de su pecho, se acercó á ella, y cogiéndola en sus brazos, intentó tranquilizarla y hacerla comprender que la tempestad que tanto la aterraba no era un castigo de Dios, sino, como ya la habia dicho, un efecto natural del calor de la atmósfera.

La joven, educada en un convento, en los principios exagerados del fanatismo religioso, creia ver y oír en cada trueno la sentencia del cielo, en cada rayo el ministro de sus venganzas.

Jóven y bella, Maria habia un mes que habia visto al conde Enriquez de Ocampo, hidalgo á la par del rey y grande de Portugal, el que, enamorado perdidamente de Maria, por todas partes la seguía, y aquel día, por medio de su escudero, habia conseguido que ésta bajara á la huerta del hospital.

Aquella cita amorosa, la primera que habia dado al conde Enriquez, explicará á nuestros lectores sus temores, el combate del amor y del deber, de la religion y de las pasiones. A punto estuvo su terror, su miedo á la tempestad, de descubrir su falta á su tío; pero la tormenta empezó á aljarse y con ella la angustia de su corazón: fijó su vista en la ventana, y al través de la vidriera brilló el sol detrás de la última nube que el viento arrebatara: el cielo volvió á tomar un color azul y trasparente, cesó la lluvia, y solo á lo lejos se oyó el rumor de la tempestad.

La fisonomía de Maria se calmó enteramente; su terror se disipó é iba á dirigir la palabra á su tío, que habiendo encontrado el medio de terminar sus versos, se hallaba ocupado en ponerlos en limpio, cuando oyeron fuertes golpes dados en la puerta.

—¿Quién podrá ser, dijo Pereira levantándose. Abrióse la puerta y penetró por ella un jóven tímido, pobremente vestido y cala las sus ropas de agua, llevando debajo del brazo unos lienzos enrollados, que depositó sobre la mesa del médico-director del hospital de Santa Cruz.

—¿Por qué habéis venido con una tarde tan mala? —Porque me habiais encargado que sin falta ninguna os trajera hoy á las tres estos lienzos, mejor dicho, estos estandartes que he pintado y que deben figurar en la fiesta de mañana.

—Teneis razon; distraído con el epitafio que acabo de componer, no me acordaba ya de los estandartes que os encargué; vémoslos.

El jóven desarrolló los lienzos que, como habia dicho muy bien, eran unos estandartes que debian servir en la proxima fiesta. El médico-director los contempló largo rato, y después, dando una palmada cariñosa en la espalda del jóven, le dijo:

—Bien, muy bien, admirables cabezas las de aquellos ángeles; el rostro de la Virgen está perfectamente; hay verdad en la expresión, hay animación en el color; esos contornos son delicados; bien, muy bien, en lugar de los tres duosos en que están ajustados, tomad veinte.

Y al decir esto sacó de su escarcela veinte monedas, que el jóven, lleno de modestia, rehusaba tomar.

—Teneis genio, teneis talento, y con estas dos cosas se va muy lejos, se llega á la fortuna.

—Gracias, señor, respondió el jóven, recogiendo las veinte monedas y guardándolas en su bolsillo. —Aplicaos, y no os limiteis á ser sólo un simple pintor: la lengua latina y la griega son indispensables para aprender los mejores poemas de la antigüedad.

—Señor Pereira, he estudiado el griego y el latín, y sé que el poeta es el guía del pintor y la pintura es un género de poesía.

—¡Bravo! ¡Brabísimo! dijo Pereira; puesto que conocéis el latín, mirad el epitafio que acabo de componer.

El jóven cogió el papel, y después de haberlo leído para sí, exclamó:

—Admirables exámetros y pentámetros llenos de fluidez, concisión, nervio en los pensamientos y sabor á la antigüedad. El director no cabia en sí de gozo al oír elogiar sus versos, se creia mas alto en su orgullo que la torre de la iglesia del hospital de que era director.

—¡Sabeis, jóven, para quien es este epitafio? —Sí; para la fiesta que mañana, primero de mayo, ha de celebrarse en honor del gran poeta D. Luis Camões, y á la que asistirá el gobernador de este reino en nombre del Rey de España, con la nobleza y el Consejo.

—Ya veis que en pocas palabras, y en esta simple quintilla, hago la biografía fiel y exacta del gran poeta.

Con la pluma y con la espada. Hizo grande á Portugal. Y el nuevo Ovidio y Marcial. Falleció pobre, sin nada. En este santo hospital.

—¿Cómo, dijo el jóven, Luis Camões ha muerto en este hospital? —Sí, y yo fui el que le asistí en su última hora, y nunca pensé que aquel pobre moribundo á quien en vida nadie hizo caso, llegaría á ser un día el mas bello ornamento de Portugal, y eso que gran número de sus obras, tal vez las mejores, fueron destruidas por orden suya momentos antes de espirar.

—¿Habeis presenciado los últimos momentos del gran poeta? replicó el jóven lleno de entusiasmo; pintadme la expresión de su rostro; referidme sus últimas palabras. Una tarde, mi sobrina y yo, recorriamos segun nuestra piadosa costumbre, las inmensas salas de este santo hospital, de que soy director y médico hace muchos años. Junto al cadáver de un infeliz que acababa de espirar, y postrado en un lecho un hombre de una fisonomía dulce y resignada. En la mesilla donde se colocan al lado de la cama las medicinas y el agua de cada enfermo, vi diversos libros y manuscritos cubiertos de un viejo y arrugado pergamino: esto llamó mi atención; acerquéme al lecho del infeliz, que con sus desfallecidas manos apretaba un pequeño crucifijo que de cuando en cuando acercaba á sus convulsos labios, oyéndole murmurar algunas palabras en latín de los salmos, de las que pude percibir aquellas nobles de David:

Domine non intrare in iudicium, cum servo tuo. No entres en juicio, Señor, con nuestro siervo. Dirigí algunas palabras de consuelo que reanimaron su espíritu y le hicieron abrir sus casi oscurecidos ojos. El desgraciado veia próxima su última hora, y cogiendo la mano me dijo:

—¿Queréis hacerme un favor? ¿Queréis cumplir la última voluntad de un moribundo? —Sí, decidme lo que queráis; juro por mi honor cumplir cuanto me encarguéis.

—Pues oíd, y vos tambien, dijo dirigiéndose á mi sobrina, oíd vos tambien, interesante jóven que venis á la cabecera del lecho de un desgraciado moribundo, como el ángel del Señor para recibir su último suspiro. Veis esos libros que hay sobre la mesa y estos papeles que tengo debajo de mi almohada, pues bien, estos son un tesoro, es cuanto poseo sobre la tierra. Para salvarlos he luchado dos días contra el furor de los elementos; naufragó, recogí á bordo de una baquilla, me he lanzado á la mar para recogerlos, y he estado á punto de perecer. En

escribirlos he gastado mi vida entera; por esos manuscritos los he renunciado al descanso, á los placeres, á la fortuna; juro que los arrojaré al fuego; no quiero que se sobrevivan.

Sorprendido por la relación que acababa de oír, circulé un momento.

—Acordaos, me dijo el moribundo, que por vuestro honor habeis jurado entregar á las llamas esos manuscritos. Y agitando convulsivamente gritaba cuanto le permitia su debilidad: ¡Fuego, traed fuego, un brasero, ó un ro maldiciéndolos!

—Mi sobrina se levantó de los pies de la cama, donde arrojada oraba, y á una señal mia acercó el gran brasero que habia en medio de la sala del hospital para conservar el calor y algunos medicamentos.

Al ver esta acción los ojos del moribundo brillaron, y yo arrojé los manuscritos al brasero. Pronto la llama cobió en aquellos papeles, y á los pocos minutos solo quedaban algunas negras pavesas que volaban alrededor de la cama.

El moribundo, al ver que habia cumplido mi palabra me cogió la mano, la acercó á sus labios y me dijo con voz débil y apenas inteligible:

—Yo os bendigo, habeis aliviado mi frente de un enorme peso, habia ambicionado una corona, pero el genio del talento es un don maldito del cielo, ¡feliz el hombre que nace y que muere en la obscuridad!

—¿Quién sois que así maldiceis al genio que inmortaliza á los hombres? le pregunté yo. —Que quien soy me preguntais; soy el genio de la desgracia, soy el bardo de Lusitania, olvidado de mi patria y olvidado de todos, y que herido por su ingratitude os he hecho destruir mis últimas y mejores obras; soy, añadió con una sonrisa sardónica é histérica, la última risa que precede á la muerte, soy Luis Camões.

Y al decir estas palabras, espiró. Llenos de profunda tristeza mi sobrina y yo, nos retiramos afectados con la muerte triste, pobre y miserable del genio, del poeta á quien mas tarde debia respetar y venerar todo Portugal.

Al día siguiente quise volver á ver el cuerpo del hombre extraordinario que tanto me habia conmovido la noche antes, pero llegaba demasiado tarde. Confundido con los que habian fallecido aquella noche, su cadáver habia sido arrojado á la fosa común.

Al ver el interés que demostraba, un enfermero me alargó un papel que se habia encontrado debajo de la almohada del lecho que la víspera ocupaba el gran poeta. Era un soneto escrito en italiano y dedicado á Luis Camões y firmado Torquato Tasso.

—Muy bien hizo Camões, exclamó el jóven pintor, se rehusar á dejar por herencia sus bellas, sus inimitables poesías á su ingrata patria. Con razon maldijo al genio, maldijo al talento; tener genio es condenarse á la miseria, al hambre, á un continuo sufrir durante la vida. En aquí la suerte que me aguarda; maldito sea el genio.

Y al decir estas palabras, el jóven salió de la estancia sin saludar al médico ni á su sobrina.

Ya bajaba la escalera, cuando el médico le gritó: —Hola, muchacho, no me has dicho tu nombre y tal vez te necesite para mandarte pintar alguna cosa.

Me llamo Andrés Zurbarán, respondió el jóven desde la puerta.

Al dar las doce en el reloj de la torre del hospital de Santa Cruz, Maria, la sobrina del médico-director de aquel establecimiento, burlando la vigilancia de su tío, bajó la gran escalera que conduce al pórtico, y penetrando por uno de sus claustros, llegó á una puerta pequeña que conducía á la huerta, abríala con precaución, y mandando una calle cubierta de naranjos y limoneros, se dirigió hacia un cenador que habia situado en la parte mas lejana de la huerta.

Pocos momentos después oyó tres palmadas, cuya señal repitió el jóven, y casi al mismo tiempo el conde Enriquez estaba á sus pies. La conversación de los dos amantes fué breve, pero apasionada, y á pesar de la repugnancia que mostraba la joven, el conde Enriquez, arrastrado hacia la puerta falsa del huerto que daba á una estrecha callejuela. Era un rapto. El jóven conde Enriquez, fingiendo un amor tierno y apasionado, se habia apoderado de Maria y ayudado de tres de sus criados trataba de llevarla á una de sus quintas, situada en las alturas de Cintra. Al entrar en la callejuela quedó el conde airobrado de no ver á sus criados que debian esperarle con los caballos que para el rapto habia mandado preparar, y se dirigia con la joven hacia la salida de la callejuela, cuando tres hombres, tres malhechores se lanzaron sobre él. El conde Enriquez sacó su espada, pero pronto sucumbió á los golpes de los tres bandidos.

Al verle caer, Maria lanzó un grito y un jóven se presentó en su socorro, y con su valor y destreza hizo huir á los asesinos, y condujo á la joven al hospital de Santa Cruz.

Aquel jóven era Andrés de Zurbarán, artista que gustaba su vida pintando estandartes, armas reales y muestres para tiendas, y que con el tiempo llegó á ser el Miguel Ángel de España.

Tres años después, una tarde vinieron á llamar al médico-director del hospital de Santa Cruz con muchos urgentes porque uno de los enfermos moribundos, que habia pocos días habia entrado en aquel santo asilo, queria hablarme.

El médico Pereira, cuyo corazón ardía en deseos de ser útil á sus semejantes, se dirigió á las salas del hospital.

En una de las camas se hallaba postrado un hombre jóven aún, pero cuyo rostro habian marchitado, mas que el tiempo, las desgracias.

Sus ojos hundidos, sus palidas mejillas y algunas cicatrices que cubrian su arrugada y espaciosa frente impidieron al médico reconocerle á primera vista.

Sonrióse el enfermo con amargura al ver al médico, tendiéndole su descarnada mano y la saludó por su nombre.

—No os conozco, dijo el doctor, no hago memoria de haberlo visto nunca. —No os acordais ya de aquel jóven artista á quien encargasteis pintar los estandartes de este santo hospital? á quien leisteis el epitafio latino de Camões.

—Mi amigo, mi bienhechor el salvador del honor, de la vida de mi Maria; sin vos, ¿qué hubiera sido de ella? ¡sin ella, ¿qué hubiera sido de mí? ¡En qué estado os vuelvo á ver, jóven infeliz y desgraciado!

—¡Infeliz y harto infeliz y desgraciado; ¡he corrido tras del fantasma de la gloria toda mi vida y no la he alcanzado; miradme pobre, desgraciado, muriendo en este asilo de la miseria, la gloria; la gloria vendrá después de mi muerte, se sentará sobre mi tumba y expiará coronas sobre ella como sobre la del desgraciado Camões.

Un sacerdote, que seguido de un niño que hacia las veces de acólito y que iba distribuyendo el Vistado y la Santa-Union á los moribundos, llegó en aquel momento y escuchando las palabras de Zurbarán, dijo:

—Este pobre y desgraciado enfermo en su delirio cree un genio como Camões.

Al oír esto el moribundo, se incorporó sobre el lecho, hizo señas al acólito que se aproximara, y cogiendo uno de los carbones que ardian en el incensario, con mano firme trazó rápidamente sobre la blanca pared la cabeza de un Cristo espirando, cabeza cuya sublime expresión paró y llenó de respeto á todos los espectadores.

Este esfuerzo agotó su espíritu vital, miró con dolor su último dibujo, alargó la mano al doctor y espiró.

—¡Pobre jóven! exclamó el director dolorosamente; ¿cuánto le compadezco!

—¡Compadecele! replicó el acólito. ¡Compadecele! cuando deja una fama, un nombre inmortal!

—¡Callate, dijo de muy mal humor el sacerdote del acólito; silencio, Bartolomé Murillo, arrodillate y recita como la recomendación del alma.

El piadoso director del hospital de Santa Cruz, abrasado sus ojos en lágrimas, unió sus oraciones á las del sacerdote y del acólito.

En Lisboa se enciea aún en el hospital de Santa Cruz la sala donde murieron Camões y Zurbarán, y se conservan como una preciosa reliquia el dibujo que con mano moribunda trazó este último en presencia del acólito Bartolomé Murillo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

Imp. de EL LIBERAL, á cargo de L. Polo, Almadena, 25.